


AGENDA DE PODER

 Por Humberto Blizard
 @betoblizard

La reforma que no es reforma...

Cuando una reforma de carácter constitucional se presenta sin tener los votos necesarios para su aprobación, no necesariamente estamos ante un error de cálculo. A veces, muchas veces, estamos frente a una jugada política. Esto resulta evidente cuando observamos la propuesta de reforma electoral de Claudia Sheinbaum que, para el momento en que usted lea estas líneas, seguramente ya habrá sido presentada en la Cámara de Diputados. El asunto es tan sencillo como complejo a la vez. Aunque se habla de la "mayoría calificada" del oficialismo en el Congreso, lo cierto es que esta existe a través de tres partidos, no de uno solo. Dicho de otra manera: la mayoría no la tiene Morena, sino la 4T. Y ahí es donde todo empieza a complicarse.

Mientras que el llamado partido guinda nació apenas años atrás con la fuerza suficiente para competir y ganar en múltiples elecciones, el Partido del Trabajo y el Partido Verde han sido eternamente partidos satélites, subsistiendo al adherirse a fuerzas de mayor tamaño.

Históricamente, el PT ha mantenido cierta congruencia, al menos ideológica, al aliarse siempre con partidos de izquierda: en el pasado con el PRD y más recientemente con Morena. El Verde, por su parte, ha sido un partido absolutamente pragmático y mercenario, pues lo mismo ha competido con la derecha (PAN) que con el centro (PRI) y ahora con Morena.

A final de cuentas, ambos han subsistido e incluso crecido gracias a esas alianzas. Mediante ellas, han obtenido un par de cosas vitales: acceder a cargos de elección popular, en su gran mayoría vía plurinominal, y obtener millonarios recursos públicos. Y justo esos dos puntos son los ahora pilares de la reforma que Sheinbaum plantea: reducir plurinominales y sus reglas de selección, así como disminuir el financiamiento a los partidos. Es un cambio en las reglas del juego que, para las fuerzas más pequeñas, puede significar menos espacios, menor margen de negociación y pérdida de peso legislativo. El PT y el Verde han dejado ver resistencias. Aprobar la reforma como, al parecer, será planteada significaría -para ellos- darse un balazo en el pie. En esa lógica, parece claro que Sheinbaum no tiene los votos necesarios para sacar adelante la reforma. Y eso mismo nos lleva, precisamente, a una pregunta fundamental: si no los tiene, ¿cuál es el objetivo real de su propuesta? Una hipótesis es que la mandataria confía en la capacidad de negociación -o de coerción- de sus operadores. En la política mexicana, las resistencias suelen ceder cuando el costo de mantenerse firme es más alto que el de negociar. Varias versiones hablan de presiones o "advertencias" hacia dirigentes partidistas, con amenazas que podrían bordear cuestiones legales o incluso penales. Pero hay otra posibilidad más estratégica y, a mi parecer, más probable: que la reforma no esté diseñada para aprobarse, sino para medir lealtades o evidenciar traiciones. Una reforma que no reforme la Constitución, pero sí la propia alianza oficialista. Menos dinero público, menos plurinominales, más fiscalización... ¿quién podría estar en contra de eso? Sheinbaum se arriesga a una derrota legislativa, pero pone al PT y al Verde en una disyuntiva en la que, en cualquier escenario, pierden: si acompañan la reforma, con-

solidan el liderazgo presidencial y de Morena en detrimento propio; si se resisten, quedan expuestos como contrarios a la "transformación". El cálculo para la decisión que habrán de tomar los aliados morenistas pasa por la fortaleza electoral que crean tener. Y no hablo de una fuerza a nivel nacional, pues en eso los dos están muy lejos aún. Pero a nivel local, en algunas regiones, la historia es distinta. El Verde tiene fuerza para competir en San Luis Potosí, Campeche y Chiapas. El PT, salvo comunidades muy específicas, a nivel estatal no parece tener el empuje para sacar una elección. En este punto, el

Verde tendría mejores cartas para negociar y para aguantar un eventual rompimiento de la 4T. Si Sheinbaum decide seguir por la ruta actual y no logra sacar adelante su reforma -es decir, si se da el quiebre entre partidos del oficialismo- perdería algunas gubernaturas, como ya mencionamos. Pero parece un costo relativamente bajo si esto implica fortalecer a su partido. El verdadero precio a pagar sería la muy probable pérdida de la mayoría calificada para el segundo tramo de su gobierno. Y aquí surge una

cuestión que permite entender buena parte de lo que ocurre. La 4T, como conjunto, sigue mostrando una amplia ventaja en las encuestas. Con o sin reforma electoral, los tres partidos aliados muy probablemente podrían retener las dos terceras partes del Congreso en 2027. Y, sin embargo, la propuesta de reforma pone en riesgo esa mayoría legislativa. Entonces, ¿por qué la presidenta se arriesgaría a gobernar la segunda parte de su administración sin el control total del Congreso a cambio de una reforma, en la práctica, innecesaria para ella? La respuesta es sencilla: no es solo evidenciar al PT y al Verde como contrarios a la transformación, sino comenzar a quitarles la bandera de la 4T para monopolizarla en Morena. Y es que la presidenta entiende que la alianza con el PT y el Verde, si bien ha sido funcional, también ha tenido costos. De alguna manera, Sheinbaum ha tenido que negociar y ceder en aspectos que, en otro escenario, quizá no habría permitido. La reforma electoral, por paradójico que parezca, no busca debilitar a los aliados de Morena por la vía electoral - como la propia reforma propone - sino a través de la vía política. Esto podría darle carta abierta al Verde para postular a Ruth González -esposa del gobernador- en San Luis Potosí; al PT con Saúl Monreal -hermano del gobernador- en Zacatecas o a Félix Salgado Macedonio -padre de la gobernadora- en Guerrero. Pero, de darse esta ruta, el rompimiento en la 4T sería total y esto obligaría a los hoy aliados de Morena a irse "por la libre" y dar una pelea electoral titánica en 2027 para mantener su peso en el Congreso y, con ello, su margen de negociación...y su poder. Muchos analistas dicen que esta reforma nació muerta. Si la entendemos meramente como una "reforma

electoral", tienen razón. En cambio, si vemos su trasfondo -lo que no está escrito en la propuesta, pero pesa políticamente- entonces la reforma está viva, muy viva. Y no precisamente en el terreno electoral... Nos vemos el próximo jueves. Tenemos una cita con el poder. Agendado.

El contenido de esta columna es responsabilidad exclusiva del columnista